Compre usted todas las semanas

LAS OCURRENCIAS

El periódico más interesante y popular.

10 CÉNTIMOS

ENFERMEDADES DE LA VEJIGA

VESICALINA

Es la **Vesicalina** una preparación magistral, específica en el tratamiento de la cistitis, por sus condiciones antisépticas, anestésicas, emostáticas y diuréticas.

La curación es rapidísima y segura en todos aquellos casos en que se trate de infecciones de la vejiga, uréteres y pelvis renal

Evita en absoluto los sondajes frecuentes y regulares, ahorrándose el enfermo incalculables dolores y molestias.

Recomendamos á todo enfermo de la vejiga, que antes de hacer uso de otros similares, pruebe con un frasco pequeño de **Vesicalina** y se convencerá de la eficacia del medicamento.

Precios de los frascos: tamaño grande, 10 pesetas, ídem pequeño, 5.

Depositarios: Sres. Pérez, Martín y C.ª, Alcalá, 9, y de venta en toda buena farmacia.



GRATIS

La felicidad por medio del MAGNETISMO y OCULTISMO la mandaré al que envíe un sello de 0,15 á D. Francisco G. Purtal. Mataró. (Barcelona.)

Mundo Galante

REVISTA POPULAR DE ARTE

Oficinas: PIZARRO' 12.—Apartado 555.—Madrid.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España	Trimestre	1,50 pesetas.
	Semestre	2,75 »
	Año	5 »
Extranjero, año		8 francos.

NÚMERO SUELTO: 10 CÉNTIMOS

MISTERIOS Y SECRETOS

del lecho conyugal.—*(Sólo para hombres y casadas.)* Dos tomos, con grabados, **tres pesetas.** Por 3,50 en Letra, Giro ó sellos, se remiten á provincias en paquete certificado.

Los pedidos, con su importe, **únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, cuarto derecha. Madrid.**—(Exportación, por mayor, de revistas y periódicos á España y Extranjero.)

Establecimiento tipográfico de GACETA ADMINISTRATVA.—Leganitos, número 54.—MADRID



BIBLIOTECA NACIONAL SECCIÓN DE REVISTAS
12 MAY. 1973

MAYO FLORIDO.—Composición del natural de A. Gautier.

N.º 4. REVISTA POPULAR DE ARTE 10 cénts.



CORREO DEL AMOR

AFRICANA (Madrid).—Pero, hija mía; es demasiado fuerte lo que me pregunta para contestarle en esta Sección. Deme usted las señas de su domicilio y le contestaré en carta particular, ó venga por aquí. Guardamos un secreto impenetrable.

J. G. P. (Morón).—Si que debe usted sufrir mucho. ¡Tan inteligente y delicada! El mundo es muy cruel para muchas mujeres; pero contra el infortunio de esa clase, sólo la Casualidad ó el Destino pueden remediarlo. En el mismo caso de usted se encuentran á millares; ¡pobres violetas que se marchitan, escondidas entre el fango y vulgares yerbajos!

DON JUAN.—No se por qué, le hablo con franqueza; me parece usted algo pretencioso y pagado de su persona. Tenga usted en cuenta que á las mujeres les hiere en el corazón el orgullo vano de los hombres.

AMPARO (Barcelona).—Muchas gracias. No es más que un poco de experiencia de la vida. Las pasiones son frutos ácidos y amargos que no resisten todos los paladares.

L. G. (Sevilla).—Ese hombre es decididamente un animal. Olvídelo, no merece consideración alguna.

LUZ BEL (La Coruña).—No hay nada depresivo en romper la costumbre. Puede usted casarse con *toilette* blanca aunque él esté de luto.

DESGRACIADA (Bilbao).—¡Oh, señora! No crea usted en esas patrañas. Si hubiese un verdadero filtro de amor, todas lo hubiésemos bebido.

RICARDO (Córdoba).—La tranquilidad de una familia está basada en el acuerdo de los caracteres. No basta el dinero. Sólo puedo aconsejarle que mire el ejemplo que da á sus hijos y se reprima todo lo posible.

CÁNDIDA (Madrid).—Sí, señorita, según: el beso puede tener ó no tener consecuencias desagradables.

SAFO.—Sí, es un vicio muy feo que repruebo y condeno... ¡Tiene tantos atractivos el hombre á quien se ama! Procure usted distraerse con la pasión de un hombre y se convencerá.

DESGRACIADO (Córdoba).—Reproduciré aquí el párrafo de su carta: «Sus ojos me miraban entornados, las mejillas se habían teñido de carmín, su cuerpo se estremecía, y, de improviso, nuestros labios se unieron en un beso interminable..» Muy bien; eso no me prueba nada. Fué un impulso voluptuoso que ha sido para usted funesto.

BILITIS.

MUNDO GALANTE

Año I. - Número 4.
Madrid, 30 Mayo 1912.

Oficinas: Pizarro, 12.
Apartado 555.

ANÉCDOTAS CURIOSAS

REPASANDO los anales del amor se encuentran hechos tan disparejos, tan contradictorios, que de listo y aún de lince tendría que pasarse quien pudiese determinar el *por qué* de cada uno de ellos. A veces el mismo fenómeno procede de causas distintas, y otras, las mismas causas producen resultados diferentes...

De donde yo concluyo que es imposible escribir nada acerca de tales asuntos, ni prever ni legislar lo que atañe y concierne á la indómita pasión amorosa; y que cuanto enseñó Ovidio en su *Arte de amar* y cuanto después han dicho otros autores, son vaguedades de poca calidad y menos enjundia.

¿Qué cualidad masculina cautiva más el corazón de la mujer?

«La belleza»—dicen unos.

«El talento»—según otros.

«El valor...»

Y quedamos sin saber á qué atenernos, viendo que siempre hubo mujeres que se chiflaron por Adonis sin meollo, ó por talentosos sin figura, ó que burlaron á hombres valerosos con afeminados petimetres.

El *eterno femenino* está lleno de incongruencias, de caprichos inexplicables.

¿Cómo debe conducirse el hombre con la mujer á quien pretende rendir?

Con osadía—dicen éstos.

Con timidez—apuntan aquéllos.



LEYENDO.—*«La mujer es veneno que mata...» ¡Qué imbécil es este novelista! ¡Ya se daría con un canto en el pecho por poderse envenenar conmigo!*



—Desengáñate, Inocencia,
nos dejarán arruinadas
la terrible competencia
que nos hacen las honradas.

Otros: Con cariño, porque las buenas palabras untan y las malas punzan.

Algunos: Con acritud... porque la mujer que no llora por un hombre no puede llegar á quererle...

Y el inocente pavisoso que se lanza al mundo fiado en cualquiera de estos consejos, se expone á recibir un: «Tonto...» si procede con cautela y mesura; ó un: «¿Usted qué se ha creído?...» si tiene la mala suerte de sacar los pies del tiesto antes de sazón.

***

Á propósito de esto recordamos dos anécdotas, tan originales como rigurosamente verídicas, que demuestran cuan distintos son los caminos que, según las circunstancias, deben seguirse para llegar al corazón de la mujer.

Nuestro rey Felipe IV, tan aficionado á la literatura como á las mozas de buen palmito, había citado á una encopetada señorona de su corte, para aquella noche. La entrevista se verificaría en las primeras horas de la madrugada y en el camarín del rey.

El encargado de prepararlo y facilitarlo todo fué un gentilhombre, joven, gran privado del monarca y muy querido de las damas, pues era galán, poeta y bizarro justador. El mancebo y la amiga del rey Felipe quedaron citados al filo de la media noche, para luego encaminarse juntos al palacio, y así sucedió. Durante el trayecto—dice el curioso erudito consignador del hecho—, la joven miraba á su acompañante con tierna y provocativa afirmación, y el caballero, preso de subidísima emoción, no sabía qué decir para distraer la largueza del camino.

Ya habían entrado en el regio alcázar y avanzaban por un angosto pasillo: ella caminaba con paso ligero, recogiendo pulcramente su crujiente falda de seda, bajo la cual se movían y traveseaban inquietos sus piececitos prisioneros en vistosos chapines de tafilete; él iba á su lado, alumbrando el camino con la discreta luz de una linterna sorda...

Al pasar por un lugar excusado, el caballero no pudo amordazar más tiempo el deseo que le rebrinqueteaba en el pecho, y exclamó:

—¡Señora, qué gran lugar, si no fuese vuesa merced!

Ella le miró fijamente y repuso con aire desdeñoso:

—¡Sí, qué gran lugar, si no fuese vuesa merced...!

Con cuya ingeniosa contestación bien claramente quería decir: «Si no fuese vuesa merced... tan para poco...»

Era, pues, indudable, que aquella noble señora gustaba de los hombres de arrestos, y que el afortunado favorito de Felipe IV, malogró tan hermosa ocasión por no fiarse de aquel adagio que enseña que la fortuna sólo ayuda á los valientes.

***

En cambio, otro caballero, cortesano de la corte de Enrique III de Francia, solicitaba asiduamente los favores de la esposa de cierto anciano marqués.

Tanto insistió el joven y con tantas y tan fuertes razones describió su amorosa cuita y encomió sus refinados quilates, que la gentil desdeñosa hubo de rendirse, pero no sin antes imponerle una extraordinaria condición.

—Esta noche—dijo—, mi marido no vendrá á casa, y puedo recibirte; pero si quieres pasarla conmigo has de prometerme no acercarte á mí y portarte con toda mesura y comedimiento.

—¿Y, por qué ese capricho?—preguntó el caballero...

—Porque si eres capaz de sufrir, por complacerme, esa tan ruda prueba, quedaré convencida plenamente de tu amor y de que serás capaz de arrostrar por mí los peligros de más cuantía.

Accedió á todo el galán, y durante aquella noche memorable tuvo el homérico valor de refrenar su pasión sublevada.

La dama quedó encantada de tanta sumisión, y en noches sucesivas estuvo mucho más complaciente y expresiva.

***

Y, no decimos más, porque el número de estas anécdotas es inacabable.

Conque, ateniéndonos á estos datos históricos, ¿qué podrá adelantar el que se lance á conquistar corazones con el *Arte de amar* de Ovidio debajo del brazo?

R.

CONFITEOR

—Vamos, cuéntame tus penas.
—Es que he delinquido tanto,
que no sé empezar, y apenas
si me deja hablar el llanto.
—Tu dolor me causa mal.
¿Surcar el llanto tu tez
y aun estás en el umbral
risueño de la niñez?
Confiésame tus dolores.
—Si es que he pecado de un modo...
—Pues desecha tus temores,
que Dios lo perdona todo.
Con que comienza, hija mía.
—Bien, señor cura; confieso
que mi primo el otro día
me dió á escondidas un beso.
—¿Y qué le dijiste? Nada.
Te llenarías de enojos
te pondrías colorada
y bajarías los ojos.
—¡Ay, sí, padre! Justamente.
—Y él después se arrodilló,
juró amarte eternamente...
—Padre, ¿quién se lo contó?
—Y tú, confiada y loca,
sin vislumbrar su malicia,
permitiste que en la boca
te dejara una caricia,
que para él era un capricho
y que á ti te supo á miel.
—Pero á usted, ¿quién se lo ha dicho?
—¿Quién me lo ha dicho? ¡Pues él!
¡Si se acaba de marchar!
Vínome el pobre á decir
que se quería casar
contigo, y me eché á reir.
—¿Se echó usté á reir? ¿Por qué?
—Porque es un mocoso y ya...
—Padre, ¡no lo crea usté!
—¡Y tú una chiquilla!
—¡Quiá!
—Os casaréis cuando llegue
el capullo á hacerse rosa,
y la pubertad despliegue
tus alas de mariposa.
Aun no tenéis picardía
ni formalidad.
—¿Qué no?
—¡Si lo sabré yo, hija mía!
—Padre, ¡si lo sabré yo!

JOSÉ M. ALMODÓBAR.

EL DESEO ETERNO

El que tiene mujer moza y hermosa,
¿qué busca en casa de mujer ajena?
¿La suya es menos blanca, es más morena?
¿Es fria, flaca, fea y floja? No hay tal cosa.

¿Es desgraciada? No, sino amorosa.
¿Es mala? No, por cierto, sino buena;
Es una Venus, es una sirena,
Es blanco lirio, es una fresca rosa.

¿Pues qué busca? ¿A do va? ¿De dónde viene?
¿Mejor que la que tiene piensa hallarla?
¿Ha de ser su buscar un infinito?

No busca, no, mujer, que ya la tiene,
busca sólo el trabajo de buscarla,
que es lo que enciende al hombre el apetito.

FRANCISCO DE QUEVEDO.



—Ese dedo, bella hurí,
¿qué significado tiene?
—Pues que á mí no me conviene
el hombre que no esté así.

AMOR LIGERO

En mi concepto, y lo digo porque soy perito en la materia, el amor más ligero es el de las bailarinas.

En mis buenos tiempos conocí á cuatro que se decían honradas, á pesar de no tener ni una sola padre reconocido.

Las cuatro eran listas, alegres y no feas.

Se llamaban Solina, Carlina, Bastina y Joaquina. Todas consonantes; por eso bailaban tan bien y lo hacían todo en consonancia.

Pero no se figuren ustedes que sostuve relaciones amorosas con las cuatro á la vez.

No era yo tan valiente á pesar de mis pocos años.

Primero amé á Solina, y cuando más entusiasmado me encontraba, se me presentó Carlina; me gustó más que su hermana, y todo quedó arreglado en un abrir y cerrar de ojos.

A los pocos días tuve ocasión de apreciar las pantorrillas de Bastina en un baile nuevo, y excuso decirles que inmediatamente le expresé el colosal efecto que me habían causado sus formas.

Y nada; la chica, ni corta ni perezosa, suplantó á Carlina, la cual, como su otra hermana, ni siquiera dió muestras de sentir mi desvío.

Pero amigo, una noche me encontré solo con Joaquina en su propia casa.

Sus hermanas estaban cenando con unos abonados, y sabe Dios cuándo se retirarían á descansar.

Joaquina era la mayor de las cuatro y, por la misma razón, la más sabia en cosas del amor.

¡Pero qué sabia era Joaquina!...

Para hacerme llevadera la velada, sentóse sobre mis rodillas, haciéndome tanta y tanta travesura, que me olvidé de mi tercer amor, dedicando todas mis fuerzas cariñosas á la cuarta de mis bailarinas.

Confieso á ustedes que Joaquina ha sido una de las mujeres que más me han entretenido en este pícaro mundo.

Pero no hubo más remedio que cortar por lo sano.

—¿Estás triste?—me dijo un día.

—Me aburro—le contesté—variando de postura.

—¡Oh!—Tú necesitarías un serrallo para ser feliz.

—No tanto.

—Ya ves, en cosa de un par de semanas has tenido amores con mis tres hermanitas y conmigo...

—En efecto; con toda la familia...

—No con toda; porque ahora estamos esperando á mi padre, que debe llegar de Italia de un día á otro.

Y no les digo á ustedes más.

Esta fué la causa para alejarme de aquellas sirenas...

¡Canastos! ¡Ni tanto ni tan calvo!

C.

GRAJEAS

Al saladísimo poeta Luis de Tapia.

Rosa—que es telegrafista
de la última oposición—
no tiene colocación
á pesar de ser muy lista.
Mas creo ingresará en breve,
pues, si no me han dicho mal,
en la escala general
hace ya el sesenta y nueve.

Pidió Inés á San Antonio
con fervorosa insistencia,
hacer un buen matrimonio.
El santo, compadecido,
calmó de Inés el anhelo,
y aunque no le dió marido...
tiene un gentil pequeñuelo.

DIEGO QUÍLEZ

* * *

¡INOCENCIA!

Al bajar una escalera
doña Salud, se cayó,
y al caerse... descubrió
lo que adivina cualquiera.
Su sobrino, que subía
en aquel mismo momento,
lanzóse con ardimiento
en socorro de su tía.
Puesta en pie doña Salud
antes de él subir, le dijo:
—Gracias por tu ayuda, hijo;
¿has visto mi prontitud?
Perplejo el sobrino y
confuso, dijo á la tía:
—Ay, tía, yo no sabía
que eso se llamase así.

Las lindas páginas que siguen son encuadernables, y el lector, si quiere, podrá destacarlas, reuniendo todas las que se irán publicando para formar una colección magnífica.

Recurso supremo.

Una muchacha, tan bonita como desenvuelta, entra en una bodega y pide una botella de vino añejo.

El bodeguero manda á su hijo, mozo de dieciocho años, que baje á la cueva con la chica y le dé el vino de determinada cuba.

El muchacho llena la botella sin fijarse en que la chica le dirige incitantes miradas.

Esta, cariñosamente, rompe el silencio:

—También es una atrocidad—dice—lo que hace su padre con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque es una imprudencia mandarnos bajar solos á la cueva. Si á usted le hubiese dado la gana podría haber hecho conmigo cualquier disparate. Un hombre tiene siempre más fuerza que una mujer, y aunque ella no quiera...

—Mi padre tiene confianza en mí. He bajado muchas veces con otras mujeres y nunca ha pasado nada.

—Porque usted no habrá querido. No tenía usted más que darles un empujón y hubiera hecho con ellas lo que hubiese querido.

—Además, no ve usted que si yo me hubiera atrevido á algo con cualquiera, por ejemplo, con usted, tampoco hubiese logrado nada.

—¡Ya lo creo!

—No, porque la puerta está abierta, y con que usted diera un grito lo oirían en la tienda.

La muchacha, destruyendo con rapidez el último argumento, se acerca al oído del mozo y le dice en voz muy baja y con mucho mimo:

—Sí; pero como estoy ronquita...

H.

CABE LA REJA

Ya te he dicho, Ricardo,
constantemente,
que tienes un cariño
muy vehemente;
que despiecias, lascivo,
las ilusiones
y que estás dominado
por tus pasiones.
Si te he dicho mil veces
que eso es faltarme,
¿á qué tantos esfuerzos
para besarme?
Yo no soy un juguete
de tus placeres
y me estás demostrando
que no me quieres.
Yo no cedo en la vida.
¿Me has entendido?
¡Eso no se permite
más que al marido!
Además, rico mío,



—¿Y te vas sin darme nada?
—¿Cómo nada?
—Pues es claro.
—No hace mucho me decías
que nadie te daba tanto.

que eso es muy feo
y un pecado muy grande,
según yo creo.
Tú querrás que tu novia
sea decente
y no manche sus labios
indignamente.
¡Ay! ¡Mi novio pasado
si que era un chico!...
¡Nunca quiso faltarme!
¡Pobre Perico!
¡Ricardo, por la Virgen,
estate quieto!
¡Si no quiero que nunca
logres tu objeto!
No cederé ni á buenas
ni por engaño.

¡Suéltame la cintura,
que me haces daño!
Si no quiero... no quiero.
¡Jesús, María!...
Mira que me sofocas.
¡Ay qué agonía!...
¡Que me haces mucho daño!
¡Jesús, qué fiera!
¡¡Perico me besaba
de otra manera!!

J. M.ª DE LA TORRE.

NO SE ACABA EL MUNDO

CUANDO en una casa entra la mala sombra hay que temblar.

Y en casa de doña Amparo había entrado,



No me puedo contener.
Este vicio de fumar
me ha llegado á dominar
como el vicio de... comer.

y se hallaba dispuesta á no salir en mucho tiempo.

Doña Amparo vivía con dos hijas, Luz y María, casadas como ella y separadas de sus respectivos maridos hacía varios meses. Esto no tiene nada de particular, porque los esposos eran viajantes de comercio.

Aquí empezó para ellas la mala sombra, llegando hasta el punto de caer enfermas.

La criada que las servía se apresuró á llamar al médico que vivía en el piso bajo, presentándose éste á los pocos minutos.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó á la muchacha.

—Que las tres señoras están muy malitas—contestó.

El médico pasó á la alcoba de la madre, la reconoció, sonrió con agradable malicia y murmuró:

—Esto es una cosa natural en toda mujer casada.

—¿De modo que estoy?...

—Sí, señora. Esto acabará en bautizo.

Y el doctor, guiado por la doméstica, se dirigió á otra alcoba.

—¡Ay, señor médico, qué mala me encuentro!—exclamó Luz.

—¿A ver, á ver?—siguió el galeno.

Y como á la madre, la reconoció, y sonrió del mismo modo y acabó por decir, dando una palmadita cariñosa en el hombro de la enferma:

—Vamos, no hay que apurarse. Tendremos dos bautizos.

Una vez en la habitación de María, el doctor se puso algo más serio y no pudo por menos que exclamar:

—¡Cuerno! ¿Esta también?

—¿También qué?—preguntó la paciente.

—Que también habrá bautizo—dijo el médico preparándose para salir.

Pero en este momento le detuvo la criada.

—Señor doctor—le dijo bajando los ojos—, yo no sé lo que tengo... se me han quitado las ganas de comer, todo me fastidia, siento mareos de cabeza... ¡Ay, señor doctor! ¿Qué tendré yo? ¿Quiere usted mandarme alguna medicina?

El pobre médico le tomó el pulso, abrió los ojos desmesuradamente y gritó sin poderse contener:

—¡Señor! ¿Será contagioso el embarazo?

Pero el trueno gordo fué al observar que mientras hacía la visita una hermosa gata negra había depositado varios gatitos recién nacidos en el interior de su sombrero.

—¡Vamos, que hay que pensar en lo del contagio!

* * *

SE NECESITAN DONCELLAS

EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE SIETE MUJERES

(Extracto de lo publicado en los números anteriores.—Siete mujeres, víctimas de un naufragio, se salvan en una isla desierta. Establecen una colonia, pero la falta de varones las vuelve locas, desesperadas, y se inicia entre ellas una verdadera revolución. El descontento amenaza con derribar á la presidenta de la colonia, y ésta decide reunir á todas sus compañeras. Acuerdan reclamar el auxilio de los hombres...)

trofe marítima; las referidas mujeres se hallan solas y sin hombre alguno, y necesitan donceles que las sirvan de consuelo; enviadlos, por Dios.» Ya sabéis que en el Océano Pacífico, en que está enclavada nuestra isla, hay siempre una gran corriente de Sur á Norte; es decir, con dirección á los Estados de la Unión; lanzando á las aguas del mar esa botella, irá necesariamente á parar á las playas americanas, en las cuales está la salvación; ¿qué os parece mi plan?

—¡Aprobado! ¡Aprobado!—exclamaron todas.

—Aquí está mi botella—dijo una que, al comenzar Fanny su peroración, se había dirigido hacia una cabaña que se levantaba erguida en el cercano bosque.

—Pues manos á la obra, y tengamos confianza en la Providencia divina—dijo Fanny tomando la botella é introduciendo dentro de ella el papel de que antes había dado lectura. Cerróla después herméticamente con un trozo de madera, que introdujo en la boca á fuerza de dar golpes con una piedra, y dirigióse á la cercana playa seguida muy de cerca por todas sus compañeras.

Llegadas á ésta, lanzaron al mar el frágil vidrio, al que confiaban su salvación, y cayendo de rodillas, rezaron fervorosamente por el buen éxito de su tentativa.

III

La hermosa Ketty, cumpliendo el encargo recibido de la soberana, dirigióse desde la cabaña real á las de las demás habitantes de la isla, las cuales fué recorriendo una por una, citándolas para la reunión por ésta convocada.

Curiosas todas ellas, como mujeres, fué su primer cuidado averiguar el objeto de la reunión, para lo cual pusieron en práctica toda clase de medios; pero como la consigna de la escocesa no podía ser más severa, ninguna pudo averiguarlo, á pesar de sus reiteradas súplicas.

Ignorando el motivo de la convocatoria, reuniéronse aquella tarde, en el mismo sitio en que ya lo habían hecho por la mañana, y al que muy pronto acudió la soberana, no sin que antes fuera objeto de las murmuraciones de todas.

—¿Qué diablos querrá esa maldita vieja?—decía una.

—Alguna tontería—replicaba otra.

—Quizá hayan llegado á su noticia ciertos hechos y sea esa la causa de la reunión.

—Pues trabajo la mando si quiere quitar costumbres tan arraigadas.

—Allá veremos.

—Afortunadamente, somos únicas dueñas de nuestros moños y nadie puede mandar en ellos.

—Eso digo yo...

—En fin, lo que sea sonará.

A este punto llegaban de la conversación, cuando apareció por una de las calles de árboles, que desembocaban en la explanada, Lady Kingstón, seguida de Ketty, que marchaba á su lado, moviéndose acompasadamente.

—Las cinco mujeres que esperaban saludáronla ceremoniosamente y se agruparon á su alrededor.

—¿Estáis todas?—dijo Lady Kingstón.

—Todas—contestó Ketty, contándolas con la vista.

—Tenemos que tratar de una cuestión importantísima; se me ha dicho que las costumbres en la isla están completamente relajadas, y que no os ocupáis de otra cosa que de murmurar, lo cual no se puede consentir.

—¿Y qué hemos de hacer, si nos falta lo principal?—exclamó una.

—Muchos medios hay de sustituirlos, y

(Continuará.)

Chismes y Cuentos

Entre amigos:

—¡Qué cabellera la de mi mujer! ¡Cuando se despeina le cae hasta los pies!

—Pues la de mi esposa es aún más sorprendente. Todas las noches se le cae al suelo.

* * *

Yo soy un pájaro, niña,
tú eres cazador experto:
no subas la puntería
que vas á darme en el... pecho.

* * *

Una joven se presenta en la estación de Telégrafos para expedir un telegrama.

El empleado coge el despacho para contar las palabras y dice:

—Hija mía, esto es un jeroglífico. ¡No puedo leer; no sé lo que dice!

Y ella responde ruborosa:

—Lo he hecho intencionadamente... Es para mi... novio... y le hablo de cosas que... que no conviene que sepan los demás... ¡Pero él ya está acostumbrado y entiende perfectamente mi letra!...

* * *

Á la simpática Amparo,
figuranta distinguida,
probaba un vestido nuevo
el sastre de la cuadrilla;
y la *muchacha, pugnando*
inútilmente, decía:
—Que no me viene, maestro
—¡Vaya si te viene, *chica*!,
verás, en cuanto se ensanche,
como te viene en seguida.

* * *

Se habla en una reunión de *una joven* que se ha casado con un viejo completamente calvo, y que se halla á corta distancia con su marido.

—¡Lo asombroso es—dice una de sus amigas—que está enamorada de su marido! ¡Se lo come á caricias!

A lo que replica otra, mirando la reluciente calavera del anciano:

—¡Pero no puede negarse que es limpia!

—¿Por qué?

—¡Porque le ha pelado antes de comérselo!

* * *

La *condesa de Bramante*
es tan pulcra en el hablar,
que siempre evita el usar
toda frase *mal sonante*.
Y tanto en ella domina
esta costumbre ó escama,
que *hasta á los huevos los llama*
suplementos de gallina.

* * *

En el teatro:

—¡Mira!—dice un amigo á otro—: ¡Ahí está la condesa de X!...

—¡Es verdad!... ¿Cómo no vendrá escotada?

—¡Toma! Porque es una mujer muy lista y ha comprendido que para ella ha llegado el tiempo de echar un velo sobre lo pasado!...

LA PUNTA ROJA

Lo más notable de Gómez
es su notable nariz,
cuya prolongada punta
es de color carmesí.
Y Gómez está casado
por la iglesia y lo civil,
y es, sin embargo, un *Tenorio*
de los de fama en Madrid.
Y la mujer de este Gómez,
por venganza femenil,
sin duda alguna aludiendo
á la dichosa nariz,
entre risueña y celosa,
en broma suele decir:
—La punta roja de Gómez
á cualquiera hace feliz.

LUIS VIDART.

EPIGRAMAS

A su esposa reprendía
don Juan, porque á su cochero
le adelantaba dinero
que aquél nunca devolvía.
—¿No sabes—don Juan decía—
que debiendo mucho está?
—Pero, él que lo sabe ya,
¿por qué viene á mí? ¿No ves?
—¡Toma! Mientras se lo des,
¡es claro que te vendrá!

—

—Si no moderas el fuego
de amor que tu sangre abrasa,
caerás enfermo muy luego.
Esto el buen doctor Casasa
le dijo á Juan que está ciego
por Dolores. Y acertó:
pues como Juan no cejó
ni un ápice en sus amores,
muy en breve se metió
en la cama con dolores.

—

Con su horrible y viejo esposo
asistió á un baile de máscaras
la bella Inés, con un rico
traje de Angel de la Guarda.
Pero afeaba el conjunto
tanto el arma que llevaba,
que todos los conocidos
decían á Inés: —¡Qué lástima
no tenga espada mejor,
teniendo tan buena vaina!

—

—¡Adiós, Julia!

—¡Hola, Fernando!
¿Qué tal vas?

—Vamos viviendo.

—¿Y tú, chica?

—Voy tirando.
De día, por aquí me ando,
y por la noche, me tiendo.

—

Si algún libro escribe Bassa,
lo leo y nada me cuesta,
pues mientras duerme la siesta
me paso yo por su casa
y su esposa me lo presta.

NUESTROS CONCURSOS ARTISTICOS

ESPLÉNDIDOS REGALOS Á NUESTROS LECTORES

Mensualmente celebraremos un concurso en el que todos los lectores de MUNDO GALANTE tienen derecho á tomar parte. Consistirá en que ellos voten por el cuadro, retrato ó composición fotográfica que más les agrade de los que vayamos publicando en nuestra excelente y original GALERÍA ARTÍSTICA.

Destinamos á cada uno de los cuatro cuadros, retratos ó composiciones fotográficas que obtengan mayor número de votos un espléndido regalo, que será sorteado entre los respectivos votantes. Cada regalo constituye una verdadera obra de arte, representada por un magnífico heliograbado que mide 80 × 60 centímetros, de la acreditada casa Iturrioz, Fuencarral, 20, de esta corte, muy á propósito para decorar una habitación, sea humilde ó elegante, pues el arte y la belleza en todas partes tienen buen acogimiento. El primer premio es una reproducción de *La Venus del espejo*, de Velázquez; el segundo, *Venus, el amor y la música*, del Tiziano; el tercero, *Primavera*, de Masou, y el cuarto, *Estío*, de Masou.

A este fin, bastará con llenar el cupón adjunto y enviarlo, en sobre abierto y franqueado con un cuarto de céntimo, al *señor Director de* MUNDO GALANTE, Pizarro, 12, Madrid, añadiendo en una esquina la palabra «Concurso». Los de Madrid pueden enviarse á la mano.

Admitimos los cupones hasta el domingo 2 de junio, en cuyo día se hará el recuento de votos y el sorteo consiguiente. El resultado se publicará en el número del 6 del mismo mes.

MAYO 1912

Cupón del concurso de MUNDO GALANTE

Voto por (1) .....
titulado .....
inserto en el número ..... *página* .....
Nombre del lector .....
.....
reside en .....
calle de .....
número .....

(1) Expresad cuadro, retrato ó composición fotográfica.